

377

Sr. Eduardo Abril Amores.

Santiago de Cuba.

Mi distinguido amigo:

He recibido su telegrama, y lo he agradecido infinito. Lo he agradecido por el concepto que le merezco; pero me ha causado honda perplejidad. Veo tan poco en estos momentos angustiosos, que mal puedo dar aliento y menos consejo. No debemos engañarnos. Entre los patriotas me parece cada vez más dividida la opinión; unos predicán la templanza, sin perjuicio de la perseverancia; otros desean apelar a la violencia. El Gobierno y sus amigos, con obsecación inconcebible, no hacen más que tergiversar, creyendo resolver nuestro urgente problema con aplazamientos y sutilezas.

Y sin embargo la República está en crisis. No recuerdo un movimiento de opinión más intenso, ni más extendido que el actual, después de la independencia. Los peticionarios han formulado demandas concretas, plenamente justificadas por las necesidades públicas. El arte más rudimentario de gobernar exigía prestarles cuidadosa atención, para satisfacerlas con pulso, pero con empeño. Se les ha contestado con un diluvio de palabras. El Gobierno ha tenido por única norma dejar que pase el tiempo, para que la fuerza de inercia sosiegue los ánimos y el cansancio disperse a los protestantes. En eso cree que está su triunfo; y en eso está su derrota, porque sería la derrota de Cuba.

Tantos sentimientos y tantos intereses como se han congregado buscarán de algún modo ~~la~~ salida y satisfacción. ¿Pensamos en todo lo que envuelve este triste desenlace? Si los exasperados arrastran a los remisos, tendremos la apelación a la fuerza. ¿Se fija el Gobierno en lo que arriesga en esta coyuntura, aun saliendo victorioso? ¿Sabe lo que pesa sobre un Gobierno cubano la sangre de sus compatriotas. Por la otra parte, ¿se fijan sus contrarios en los peligros a que expone a la nacionalidad ~~además~~

318 (2)
su triunfo? No temo que me llamen pusilánime. Pero no me resigno a ver
manos cubanas teñidas de sangre. Ni quiero que de nuevo venga la espada
de Alejandro a cortar nuestro nudo gordiano.

Si los prudentes, desesperanzados de encontrar justicia entre nosotros
vuelven los ojos a los Estados Unidos, ¿podemos imaginar siquiera qué
traerá en sus despachos o en sus barcos extranjeros? Sería lanzarnos a
ojos cerrados a un mar de posibilidades inciertas, todas tremendas para la
justa aspiración patriótica. Todas, aun las que parecieran más en consonan-
cia con los deseos de los peticionarios.

¿A quién o a qué acudir en tan terrible incertidumbre? ¡Ay! apenas me
atrevo a balbucear que al patriotismo. Es decir, a la razón serena que nos
manda ahogar nuestras pasiones, para poner otra vez en salvo a la patria.

Ya ve usted, señor Abril, que usted encontrará en estas palabras un
hondo sentimiento; pero no eficaces remedios para un mal cada día más pre-
mioso.

Su atento amigo y s.

Enrique José Varona.

La Habana, diciembre de 1923.

() Esta carta fué publicada en el Diario de Cuba en su número del 25
de diciembre.